

---

## CAPÍTULO XII.

---

El culto de la mujer. — La necesidad de su educacion.  
— La tertulia.

El espíritu de progreso avanzaba: la mujer le alentaba ó modificaba con acertado ingenio, y las artes, el comercio, la industria, la ciencia, la exploracion de regiones desconocidas, se desbordaban por todas partes como la hirviente lava de un volcan. Cada dia, cada hora, se aumentaba en el planisferio la situacion de un país nuevamente descubierto: el Atlántico, el Pacifico, el mar del Norte, eran surcados por millares de carabelas, cuyos tripulantes volaban á lo desconocido, con la fé en el alma y el valor en el corazon. Lope de Vega, Calderon, Tirso, Rojas, todos nuestros grandes poetas, nuestros eminentes políticos, nuestros ilustres marinos, fueron la generacion que reemplazó á la de los guerreros.

Las artes, la industria, el comercio, sucedieron á la guerra: la mujer, coronada de una aureola de gloria, aparecia en este cambio como su egida protectora: por ella se escribia, por ella se pintaba, por ella aguzaba el hombre su ingenio, y por ella, en fin, se efectuaban los grandes adelantos que tenian lugar en ambos mundos. Tanto y tanto habia sabi-

do conquistar el aprecio del hombre, que una mirada impudente, una palabra mal sonante á ella dirigida, eran á veces bastante para que dos espadas salieran de la vaina y un hombre dejara de existir. La pluma del escritor, la paleta de los pintores, la espada del caballero estaban á sus órdenes: era la fuerza motriz de la gran maquinaria social, y ¡ay del que la ofendiera en su pudor! Las gradas de San Felipe, las encrucijadas del Buen-Retiro, las márgenes del Guadalquivir y las sombrías alamedas del Tajo, pueden decirnos cuántas víctimas han recibido por estos abusos, cuántas ofensas á la mujer han sido lavadas con sangre, cuántas cuchilladas han servido de contestacion á una mirada ó de eco á un imprudente beso.

El culto de la mujer reinaba en el mundo; la experiencia habia hecho su apoteosis, y la mujer empezaba á ser una necesidad moral del hombre. Este, como los antiguos atenienses, necesitaba encontrar una entidad moral de la naturaleza femenina á quien prestar culto real; y ¿qué otra mejor que la Madre de Jesús? A ella se dirigiria desde luego, á ella irian sus oraciones, á ella levantaria sus templos, porque la mujer le habia enseñado aquel culto: ya no tendria que dirigirse á un Dios de justicia que empuñaba siempre la espada vengadora, sino que tendria una medianera, un ángel de paz encargado de pedir por él á la Omnipotencia, dispuesto siempre á parar el golpe que amenazaba al pecador, y dulce, bueno, benéfico, como la mujer cuya idea representaba. Este culto altamente poético, desarrollóse en poco tiempo, y fué, á la verdad, tan rápido su



crecimiento, que el mundo se cubrió de templos elevados en honor de María, la cual, si bien no fué considerada como una de las manifestaciones de Dios, se vió colocada muy por encima de los Santos y de los Angeles, ocupando un sitio de honor elegido expresamente para ella. Véase al caballero colgar en la delantera de su fieltro pequeñas medallas de plata y oro; adornar los lazos que su esposa ponía en su ropilla, con la venerada imagen de la Virgen de Nazaret; y cuando en la vecina catedral, soberbio monumento dedicado á María, sonaba el toque *de ánimas*, descubría su cabeza, reunía en torno del hogar á su familia, y su hija leía el gran libro de la humanidad, la Biblia y el Nuevo Testamento, como un consejo dado al padre y al turbulento hermano.

El caballero entónces meditaba en la efímera gloria de este mundo, el hijo en el horroroso abismo de sus pasiones le arrastraban, la doncella soñaba con el infinito, y la madre..... ¡la madre lloraba! Su llanto no era la traducción del dolor: era la expresión de su dicha, el dulce riego de su felicidad, la manifestación suprema de su alegría. El triunfo era suyo, exclusivamente suyo, y al ver conmovido al hombre ante los angélicos sonidos de la voz de su lectora, al ver temblar á aquel hijo querido próximo á extraviarse en el laberinto de sus vicios, derramaba lágrimas dulcísimas de gratitud á la Divinidad que le inspirara, y todo el amor de su alma, como ella infinito, se desbordaba tranquilo en los purísimos goces de la familia. Misionero de paz y de dulzura, veía logrado el fruto de su misión, y

una sonrisa de triunfo entreabría sus labios, sonrisa que era á la vez la profecía de su completa rehabilitación.

En tanto, Francia lanzaba sus naves á la exploración de remotos mares, Inglaterra intentaba colonizar la India, Holanda doblaba el cabo de las Tempestades, Portugal dominaba el Brasil, y en todas partes las grandes creaciones, los inventos útiles, eran inspirados directa ó indirectamente por la mujer. El feudalismo había caído por su propio peso del altar donde le colocara la fuerza de las armas, como el edificio cuyos cimientos vacilan corroidos por el tiempo y se convierten en ruinas que solo recuerdos dejan de lo que fué: la medicina ensanchaba el campo de su acción, la química reemplazaba á la alquimia; todo lo útil, todo lo grande, todo lo bueno, se creaba, se aumentaba, se enriquecía, al tiempo que se derrumbaban las antiguas instituciones. La mujer daba ejemplo en todo: y cuando encerrada en su casa, con sus hijas alrededor, las enseñaba á hilar el lino y á tejer esos maravillosos tapices que hoy admiramos, las educaba en el temor de Dios y en la conciencia de lo que habían de representar en la sociedad, cuando de obedientes hijas fuesen convertidas en fieles esposas ó cariñosas madres.

Había sido hasta aquí un principio perfectamente admitido que la mujer careciese de educación literaria; de manera que pocas, muy pocas, se permitían el lujo de saber escribir. La educación de sus hijos tenía por tanto que estar confiada á manos extrañas fuera del hogar, y la madre, adivinan-



do los peligros á que exponía á sus hijas con este sistema, saltó por encima de las preocupaciones, aprendió á leer y escribir, y pudo de este modo ser la institutriz de sus hijos. Otra ventaja produjo este paso á la sociedad conyugal: el hombre necesitaba de su tiempo para dedicarse á los vastos conocimientos con que la ciencia se enriquecía de hora en hora; la mujer tomó á su cargo la parte económica de la casa, niveló gastos con ingresos, fortaleció el capital, y descargando al esposo de trabajo, pudo este dedicarse asiduamente á completar su ilustración.

Acaso sea este el paso más trascendental de la historia de la mujer, y tal vez á él debemos todos los adelantos de nuestra época: instruyéndose la mujer paulatinamente, gracias al reciente descubrimiento de la imprenta, pudo alternar en la conversacion con el hombre y ayudar su imaginacion con oportunísimas observaciones.

Durante el día vigilaba con excrupulosa exactitud las operaciones necesarias para el buen orden del hogar, y por la noche, sentada junto á la mesa de estudio de su esposo, revisaba manuscritos, tomaba notas, extractaba citas, y, en una palabra, le ayudaba en sus trabajos científicos con un celo y una asiduidad, tanto más notables, cuanto que mientras ayudaba se instruía, y muchísimas veces eran sus observaciones luminosos detalles que guiaban la inteligencia del hombre á lo más desconocido de la ciencia.

Insuficiente parecía este progreso á la mujer, ávida siempre de perfeccionamiento, sedienta de

ilustracion: habia sabido conquistarse un puesto honroso en la sociedad, y, sin embargo, no se satisfacía su espíritu con los laureles que matizaban sus sienas. Temía que su esposo, hastiado de ciencia, fatigado de estudios por demás áridos, volviese á pensar en la guerra, en el exterminio de sus semejantes, buscando en ella esas emociones que tan necesariamente habian de excitar su sensibilidad; solo un dique le era dado oponer á la guerra: el amor. Pero esta palanca no podía ser suficiente para remover el obstáculo, si recluía á sus hijos en el hogar y no les permitía la expansion del ánimo entre cándidas doncellas y jóvenes entusiastas como ellos.

Necesariamente habia de poner en tortura su ingenio buscando una nueva forma de instruccion recreativa, y su fecunda imaginacion resolvió el problema, creando *la tertulia*.

Quizá sorprende la palabra; tal vez el abuso de esta distraccion, hoy, por desgracia, acaso perjudicial, ponga en alarma á los lectores de estos apuntes: sin embargo, no podemos menos de suscribir este título, porque la tertulia no era lo que en nuestros días. La madre, la previsora madre de familia, no habia de satisfacerse con mostrar á sus deudos y amigos el tesoro de su erudicion: era preciso instruir é instruirse á la vez; necesitaba desarrollar su ingenio ante los sábios de la época, y beber ideas nuevas en la conversacion de aquellos hombres eminentes. Reunida la familia y los amigos invitados en el salon de visitas ó *estrado* de la casa, servíanse delicados dulces ó aromáticos refrescos: los



poetas recitaban sus más bellas composiciones, los músicos ejecutaban sus más deliciosos acordes, los geógrafos describían países poco conocidos, los físicos exponían sus teorías sobre el calórico, la luz y la electricidad, los químicos abrían el gran libro de la ciencia y exhibían la formación de reacciones, ya de cambio de color, ya de temperatura.

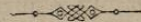
De las emociones del sentimiento pasábase gradualmente á la profundidad de la ciencia sin notar hastío, sin que el cambio se hiciese brusco: los jóvenes suspendían un diálogo de amor para oír un soneto ó una canción acompañada con la cítara, é insensiblemente se dejaban arrastrar por el magnetismo de la palabra, á escuchar lecciones de dinámica ó problemas de ciencias físicas. Insensiblemente también, tomaba parte la religión en este palenque de la verdad, y el sacerdote, explicando bellísimos pasajes de la Biblia, infiltraba en el alma de sus contertulios el amor á la familia y las delicias del hogar.

En todas las épocas han procurado el error y el mal mezclarse á la verdad y al bien, é inocular su virus aun entre las más sublimes manifestaciones del alma: alguna vez, un espíritu poco vigoroso, uno de esos entes engendrados para el mal, vertía conceptos que daban paso á la maledicencia; pero la madre velaba, y su derrota era segura, porque con su exquisito tacto, con su creciente ingenio, desviaba la conversacion de este punto escabroso y la encauzaba otra vez á la literatura, las ciencias ó las artes.

Una vida encaminada de tal manera á la ins-

trucción, había de dar muy excelentes frutos á la gran idea de la mujer: sus hijos se educaban á su lado, robustecían con el trato frecuente de los sabios las ideas que el preceptor hiciera germinar en su mente, aprendían á tratar con respeto á sus mayores, con amable complacencia á sus iguales, y con dulce benignidad á sus inferiores en rango y posición social. La familia, en fin, bebía la vida del alma por cuantas fuentes poseía aquella civilización, y la mujer podía sonreír á su triunfo, puesto que á su carro vencedor acompañaban todos los elementos de ilustración y de progreso.

Aquí terminamos nuestro ligero examen de la historia de la mujer, puesto que si bien cada día, cada hora, consigue agregar un nuevo florón á su corona, no hemos de dejar de encontrarlos al examinarla en sus estados de hija, esposa y madre de familia.





### CAPÍTULO XIII.

La hija.—Su misión en el hogar.—El primer paso.—  
La primer palabra.

Hay conceptos, hay ideas en el alma que no pueden expresarse con palabras, que en su augusta grandeza, en su íntima composición no cabe el análisis lingual, ni puede penetrar nunca el escarpelo descriptivo.

¡HIJA! ¿Quién define con exactitud esta palabra? ¿Quién separa y examina estas dos sílabas? ¿Quién profundiza, estudia y desenvuelve la idea que representan, de tal modo que se comprenda en toda su extensión? Se sabe sentir, pero no se traduce el sentimiento; se sabe aquilatar el mágico influjo que produce en el alma, pero no se sabrá nunca transmitir esa fuerza desconocida á la imaginación de otro sér, para que comprenda en toda su pureza el amor que sus ecos levantan en el corazón.

Preguntad á una madre qué significa esa palabra, y os responderá que la vida de su alma, que el *sunmun* de su cariño; que es su nueva vida, la clave de todas sus dulzuras, el lenitivo de todos sus dolores y el iris de todas sus esperanzas. Dirigíos al padre, y os dirá que *la hija* es su segunda vida, la

flor más pura y más esplendente de su corazón, el rayo de sol que alumbra el cielo de su dicha, y el ángel que le sonríe al atravesar el árido desierto de la vida. Y esto os lo dirán con lágrimas en los ojos, esto oiréis viéndolas resbalar por sus mejillas; su corazón se abre al amor inmenso, purísimo, que el padre siente, y se traduce en rocío del alma, que es la palabra más elocuente del hombre. Requerid á esas lágrimas, y descifrareis el enigma; porque su curso silencioso os indicará que es tan íntimo el sentimiento que quieren defuir, que solo se comprende en el alma, y es inefable como el Dios que le inspiró.

Analicemos los misterios de la maternidad. En una alcoba, velada por blancas cortinas, amorosamente acariciada por una luz tibia que se filtra á través del tejido, se agita una mujer en el lecho del dolor, al par que resuenan los dulces vagidos de una criatura. Acaba de saludar la luz un nuevo sér; acaba de infundirse un alma en la envoltura artística de la carne: la niña ha nacido; ¿quién sabe lo que la reserva el porvenir? Ved ahí al padre y á la madre confundidos, identificados en un todo, velando por su tierna hija, temerosos de que aun el beso de las auras pueda marchitar la flor querida de su amor: fija su inteligencia en procurar para ella la mayor comodidad posible, se desvelan en rodearla de atenciones, animando el calor vital naciente en aquel delicado organismo, con los besos más tiernos y las caricias más dulces que les sugiere su amor paternal. Unidos en estrecho y dulcísimo abrazo, aunan su alegría, su felicidad, y sonríen de gozo,



mitigando con nuevas caricias los dolores que ya les atormentan.

No es una hipérbole: sienten dolores, y dolores agudísimos: el padre en el alma, la madre en el alma y en el cuerpo. El padre porque ve surgir ante su hija un cúmulo, una serie interminable de penas: la madre, porque á través de las penosísimas consecuencias físicas del alumbramiento, piensa en el porvenir que espera á la recién nacida, y con su inmenso amor se afana en penetrar las tinieblas de lo desconocido. Pero la niña sonríe, y los padres olvidan sus dolores ante la sonrisa de su hija, y embobados en aspirar su primera caricia, se imaginan un mundo de color de rosa el negro velo que oculta los destinos de aquel nuevo sér.

Pasan los días, y la niña principia su lento é insensible desarrollo: sus primeras frases, balbuceadas por una lengua vírgen, llenan de celestial consuelo el hogar, porque son las más dulces, la clave del arcano misterioso de su alma, la síntesis de todos los afectos que moran en su corazón angélico: «¡Padre! ¡Madre!» dice, é inicia el gran poema de la vida con el más elocuente grito de la divinidad en ella infusa. Sus tiernos bracitos se agitan en el espacio, y su torneada mano busca un punto de apoyo en la ardorosa mejilla de la cariñosa madre: ¡momento inefable, dicha suprema tantas veces soñada, tan íntimamente sentida!

La niña habló, la mujer pagó el primer tributo á las impresiones de su corazón; emprendió la grandiosa tarea de su fin social, llenó su primer deber, y estrechó el lazo que unía dos almas. Sus delicados

piés se niegan á sostenerla, porque el templo del espíritu no está totalmente formado: la materia se rebela contra la precocidad intelectual; el nuevo sér quiere andar y su progresión es lenta, difícil, peligrosa, un juego acrobático que excita en los padres, al par que el más tierno cuidado, la más inocente hilaridad. Sin embargo, se ve desnuda, se siente libre de las trabas que la ofrece el vestido, extiende adelante sus bracitos, vacila aun su planta, y á fuerza de perseverancia, por un supremo esfuerzo, se desprende de los brazos maternos y va á buscar su apoyo en las rodillas del padre.

¿Quién puede descifrar este misterio? ¡Ah! No es en modo alguno el fruto de la casualidad, es algo más: es la confesión tácita de su mismo sér, es la debilidad buscando su refugio en la fuerza física, es la entidad mujer acercándose al hombre, haciendo despertar su alma y diciéndole con este primer paso: «yo he sido creada para tí, yo he nacido para endulzar tus horas de agonía, y el primero, como el último paso de mi vida, son para tí, por tí los doy, te pertenecen.»

Pasemos de largo por esos primeros años de la infancia; no detengamos nuestra mirada en esas escenas de que es teatro una cuna: ¡son tan sublimes, tan ideales, tan poéticas, que no es dado describirlas como no es posible amoldar el espíritu á la forma! La vida conyugal empieza, y para que el hombre no desmaye ante sus dificultades, permite Dios que un ángel habite á su lado y distraiga su fatigado cerebro con sus gracias y charla incompleta: el hombre piensa, la mujer teme, pero una sonrisa,



una caricia de la hija, borran la prematura arruga en la frente del padre, y llenan de alegría el corazón de la esposa.

La niña ha crecido, domina el lenguaje, y puede por medio de la palabra transmitir las ideas que nacen en su cerebro. El sol de la felicidad sonríe á aquel hogar y le inunda de luz y de calor, porque si ántes le prestaba sus armonías, hoy le completa fundiendo en el hornillo de la imaginación de la niña las palabras que adormían en su alma. Con esa curiosidad innata en su sexo, con ese espíritu de previsión y economía que reina en la mujer, formulan sus infantiles labios las preguntas más concluyentes, los más lógicos teoremas aplicables á la vida real. El padre sonríe de gozo al ver su reviviscencia en la hija, la madre se enorgullece contemplando la perspicacia de la futura madre, y dá principio á su educación moral con una fé tan ardiente como el amor de su alma. Su alegría, su gloria, es la mayor instrucción de su hija; su goce más íntimo, más completo, es un sonoro beso depositado en la candorosa frente de su tierna discípula. Durante esas horas benditas, una gota de hiel cae sobre el corazón de la madre: ¡ha vuelto á surgir en su imaginación el fantasma del porvenir!

Esta sensación de pena se trasmite al exterior en una lágrima que resbala lentamente por su mejilla: la hija la vé, y aplica sobre ella sus labios cual si bebiéndola quisiera borrar la huella del dolor en el alma. Muere el crepúsculo vespertino, y el esposo regresa al hogar con el cuerpo fatigado por el trabajo y el alma triste por la escasa utilidad que

aquel le reporta: siéntase melancólico en el sitio más apartado, y allí devora en silencio la amargura de su situación. La hija, providencia de la casa, no ha de dejarle en su aislamiento; vuela hácia él, salta sobre sus rodillas, y enredando sus nacarinos dedos en la revuelta barba de su padre, le besa en la boca y en las mejillas, le halaga con los más cariñosos epítetos, y consigue con su hábito disipar la oscura nube que flota sobre la frente del esposo.

La escasez produce sus frutos: la economía doméstica no puede nivelar los gastos con los ingresos: hay demanda en las necesidades, insuficiencia en la utilidad, y los vínculos conyugales se resienten, porque ni la esposa puede subvenir á ciertos gastos, ni el esposo atender á todos ellos. Empiezan las recriminaciones entre ambos, una nubecilla, el primer disgusto nubla por un momento el cielo de su dicha y amenaza tomar las proporciones de una terrible borrasca: allí acude la hija, y repartiendo entre los dos sus caricias, inventando nuevas formas para demostrarles su amor, hace caer al uno en los brazos del otro, y devuelve la alegría al seno del hogar.

La hija no puede limitar su actividad á la vida del alma exclusivamente; su delicado organismo no la permite el trabajo corporal, pero aun tiene medios de hacerse útil á la familia. Tiene á su lado una madre cariñosa, previsora, económica y entusiasta por el trabajo; pero las enfermedades, la edad, la carencia de ciertos medios la imposibilitan para tener al corriente las cosas de la casa: allí está la hija secundándola en sus faenas domésticas; y ape-



nas puede tener derecho su cuerpecito, cuando ya la vemos ayudando á la madre en esos mil detalles que forman la ocupacion habitual de la mujer.

Así llega á la adolescencia, y se constituye en verdadera sierva de la casa: las ropas, los muebles, los objetos de arte desaparecerian sin su delicada prevision, y allí donde vé un desperfecto, allí acude á remediarlo. Niña aún, no por eso se le ocultan los misterios del hogar: comprende las privaciones porque atraviesa la familia, y, sin embargo, no sólo extingue en su corazon mil deseos irrealizables, sino que pone en tortura su ingenio para borrar de la imaginacion de sus padres la triste idea de su precaria situacion. Esta es su vida, esta su moral, ínterin se desarrolla por completo su inteligencia.

Pasemos á estudiarla en esa otra edad, en esa fase de su vida que la asemeja al capullo entreabierto de la fresca rosa; y sin tocarla, sin exponer su cáliz á ser manchado por el contacto del mundo, analicemos sus pétalos mientras duerme halagada de risueñas y purísimas ilusiones. La crisálida empieza á romper su cárcel; esperemos á la gentil mariposa.




---

## CAPÍTULO XIV.

### La hermana mayor.—Su influencia.

Hemos visto á la hija convertirse en ángel tutelar de la familia aunando la voluntad de los padres, tendiendo un lazo entre sus divergencias y aceptando las primeras obligaciones de su mision con una solicitud, con una fé dignas del gran fin para que vino al mundo. La diferencia de caractéres, la divergencia de opiniones, han dejado de ser ante la sonrisa de la hija; el padre ha sacrificado sus aficiones viciosas, ya que no criminales, ante la consideracion de que su hija no debe contaminarse en el cáncer social que nos corroe; la madre ha empleado toda su dulzura en corregir los extravíos de su esposo, y siempre han terminado sus reflexiones con la frase: «Te lo ruego por nuestra inocente hija.» Es el último resorte que se emplea con un padre, es la última trinchera de su obcecacion, y la madre venció. Ahora, justo es que la consideremos en su pubertad y que analicemos los medios de que dispone para cumplir su mision en la familia.

La niña creció entre el buen ejemplo de sus padres y arrullada por la sana moral del hogar. Es ya una mujercita, lo suficientemente instruida para



aliviar á la madre del peso de sus ocupaciones, y empieza prematuramente y sin apercibirse de ello á ejercer los deberes de madre. Es *la hermana mayor*: como si dijéramos, la segunda madre en la familia. Otros pequeños seres han venido al mundo bajo el techo paterno, y por ellos empieza á sentir el cariño fraternal: antes sabia amar como hija, hoy aprende á amar como hija y hermana. Quedan á su cuidado los niños, y ella, con su instinto de madre, se desvela en su alimentacion, en su aseo, en la correccion moral de sus nacientes defectos; con ella aprenden esos primeros y encantadores rudimentos del lenguaje; con ella dan su primer paso; con ella duermen el sueño de su inocencia, y de tal modo con ellos se identifica, que no extraña llamarles *hijos*, ni deja de sufrir con ellos, para gozarse despues en sus placeres. No pretendais separarla de sus pequeñuelos, porque no lo conseguireis; no se trate de despertar su egoismo, porque este defecto no existe para ella desde que ve á su derredor otros seres débiles que necesitan de sus cuidados.

Ama el lujo, la seduce el ruido del mundo, brota en su alma el deseo de brillar, de ser admirada, pero ahoga en su pecho estos sentimientos, y sonrie á la vista de la familia para llorar despues en la soledad la muerte de sus ilusiones, llevando así hasta el heroismo su martirio, y aceptando gustosa el primer abrojo de su camino. Ella, cuando ménos como iniciadora, propone economías, no solo en lo que considera como supérfluo, sino aun de lo necesario; y no hay privacion que no se imponga, sacrificio que no acepte, si ha de redundar en beneficio general

de la familia. La lucha es en verdad terrible; ansía conocer los placeres del mundo, y huye de ellos en pró de su deber. Vacila, no obstante, entre unos y otro; pero sabe triunfar, y elige como formidable baluarte la educacion de sus hermanos. A ella se dedica con toda perseverancia, no sólo en la parte científica, sino en la moral y religiosa; enséñales máximas llenas de verdad, instrúyeles en los deberes para con Dios, para con sus padres, para consigo mismos y con la sociedad; guia su inesperta manecita para enseñarles á trazar sobre su frente el signo de nuestra redencion, y graba en su cerebro las frases de la primer plegaria. Concretándose á vivir en la vida de sus hermanitos, sufre con ellos sus penas y padece con sus enfermedades; toma parte en sus juegos y dá expansion á sus inteligencias con cuentos ó anécdotas que los niños escuchan en religioso silencio y que encierran siempre un fondo moral más ó ménos aplicable á las cosas de la vida. Y no hace todo esto por capricho, lo hace por amor, puesto que su corazon no puede vivir sin amar. Una caricia, un beso dado á uno de sus hermanos, repercute en su corazon, inundándole de felicidad; una lágrima que resbale por sus rosadas mejillas, va á caer como una gota de hiel en su alma, y no descansa, no se da punto de reposo hasta que ve al pequeñuelo cambiar aquella lágrima por una sonrisa.

No por esto descuida en manera alguna los quehaceres domésticos, sino que por el contrario, de tal manera los atiende, que no la queda un momento de ocio, y es hasta un medio de que se vale para imbuir á los niños amor al trabajo. Velando



su sueño al pié de la cuna, emplea su tiempo reparando los desperfectos de las ropas, haciéndolas de nuevo ó ideando con maternal ahinco nuevas galas con que adornar á sus dirigidos. La madre está allí, á su lado, gozándose en este instinto de su hija, y quizás instruyéndola, porque la instruccion de la mujer, como la del hombre, no debe terminar nunca. Completa el cuadro la reflexiva figura del padre, que asiste á estas veladas entreteniéndose en la lectura, ó bien consagrando á trabajos extraordinarios esa parte de la noche que podia dedicar á la expansion de su ánimo. No siempre obra por necesidad de esta manera, sino que el cuadro tranquilo del hogar despierta en él este estímulo, y al ver á su esposa y á su hija no desperdiciar un momento, sino aplicar hasta el último céntimo del precio de su trabajo, le aumenta con un placer, con una satisfaccion infinita, porque conoce la aplicacion útil que entrambas le dan.

Desgraciadamente no hablamos aquí de la mujer en su manifestacion más general, porque no es siempre todo lo instruida que el tipo que presentamos; pero tomando una individualidad y bosquejando su influencia en la familia, tratamos de demostrar que la mujer tal cual es, sin otras armas que los afectos de su corazon, puede ser una palanca poderosísima de civilizacion, aun faltándole los infinitos conocimientos que más adelante trataremos de reseñar.

Llega acaso un dia en que el luto se apodera de la casa: aquellos padres tan queridos dejan de existir, y la pobre hija, anegada en llanto, ve crecer en

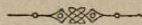
su derredor las dificultades y las penas. Aquel padre cariñoso que besaba sonriendo su frente al volver de su trabajo, no existe ya, y por consiguiente, el fruto de sus afanes no viene á ingresar en el erario de la casa: aquella madre amantísima que la instruía en sus deberes, y á la cual debe cuanto es y cuanto será, se ha separado para siempre de su lado, dejándola desamparada en el mundo. ¡Pobre hija! ¿Cómo podrá subvenir á las necesidades de su casa? ¿Qué hará sin otro patrimonio que sus lágrimas? No duda, no vacila un momento en sacrificarse por sus hermanos: trabaja dia y noche con febril ardor, y de este modo consigue el pan necesario á la existencia de su familia. Si los recursos le faltan, si á pesar de sus buenos deseos la miseria se obstina en llamar á su puerta, aún la queda un recurso, la oracion. Nada la intimida, ante nada retrocede; si es preciso, implorará el pan de la caridad de puerta en puerta, se someterá al más riguroso ayuno á tal de que á sus niños no les falte lo necesario. ¿Qué la importa el frio ni el hambre, si sus hermanitos tienen un pedazo de pan y ropas que les resguarden del rigor de la estacion? Está contenta, acepta estas nuevas contrariedades, considerándolas como otras tantas flores de su corona de mártir, y sonrie cuando ve satisfecha su generosidad.

Es entonces la verdadera madre; para ella se adelanta ese sublime estado, y acepta sus consecuencias, sintiendo en su corazon hasta el orgullo de la maternidad. *La hermana mayor* es entonces la providencia de aquellos tiernos seres que vinieron al mundo á ser compañeros de su infortunio: semejan-



te á la abeja que nada omite para que su célula sea la mejor trabajada y la más llena del panal, esta futura madre no se da momento de reposo, no se perdona la más dura fatiga si le ha de dar por resultado el buen orden, la armonía y la moralidad de su hogar. Se adelanta á su edad, ayunta el sueño de sus párpados para velar el de sus niños, y con tal abnegacion obra, que es para ella recompensa completísima la menor sonrisa de sus hermanos ó el cariñoso beso que estampan en su mejilla.

Veamos á la hija bajo otro aspecto: considerémosla, no ya huérfana y sola en el mundo, no sumida en la miseria y el dolor, sino al lado de unos padres cariñosos, provista en todas sus necesidades, y en esa edad en que empieza el corazón á sacudir el letargo de la infancia.



## CAPÍTULO XV.

*La niña y la flor.—Sus afinidades.—El amor en la mujer.—Su influencia sobre el hombre.*

Hubo un momento en que la niña se detuvo ante una flor; su tranquilo rostro cambió súbitamente del carmin al mármol, y de sus rojos lábios brotó un suspiro que fué á esconderse entre los pétalos de su fresca confidente. La niña había pensado: era mujer. ¿Por qué este cambio? ¿Por qué esta mutación que tan íntimamente afecta su modo de ser?

Es un secreto de la naturaleza, es uno de tantos misterios del alma, es uno de tan variados fenómenos psicológicos, que no por ser más ó menos comprensibles, dejan de suceder. La mujer y la flor tienen una existencia comun, se aman desde el principio al ocaso de la vida, y esta les es de tal modo comun, que hace dudar si la flor es la figura emblemática de la mujer ó esta de aquella: solo sabemos que las flores son sus confidentes en el primer período de su desarrollo, y como dice con mucha oportunidad un inspirado poeta:

«Son las primeras sibilas  
que consulta la mujer:  
quizás su aroma es su vida,  
quizá sienten, quizá ven...»